

## El ojo de la cerradura

Felicitas disfrutaba el tiempo libre en su casa, cuando estaba sola. Podía quedarse en silencio, o escuchando su música preferida mientras hacía las tareas de la escuela. Felicitas... ¿de dónde habrían sacado sus padres ese nombre? Era muy poco común en su entorno, tal vez era la única que se llamaba así en el barrio y en la escuela. Tan presuntuoso, no le iba bien a ella, en su infantil comprensión.

Unos meses atrás, en una poco habitual charla de confidencias, su mamá, le había aclarado el origen de esa elección. Una tarde de cine nacional en la televisión argentina, su madre, también disfrutando una tarde de soledad y descanso en su casa, había visto una película, en la que se narraba la historia de amor de una bella joven de Buenos Aires. Aunque el final de esa historia fuese trágico, el nombre de la joven, le gustó mucho, tal vez porque la actriz que lo interpretaba era linda y elegante. Casualmente, al poco tiempo, sin querer, quedó embarazada del que luego vino a ser su padre, natural y de crianza, Prudencio.

Felicitas se preguntaba: ¿Cómo le pudo decir: “sin querer”? Recuerda también que muy tranquila su mamá, continuó explicando que a veces a los hijos no se los planea, pero llegan, y hay que arreglarlo todo rápido. En el caso de ella se arregló bien después de todo, porque se casaron con el padre y la esperaron juntos.

Continuó con los nombres. La mamá de Felicitas, es Angelita, aunque de eso no tiene nada. Es de entender que llegara cansada de “trabajar todo el día como una burra”, decía. En una casa a veces, en otra casa más grande otras y por supuesto, más para limpiar. Pero, cuando más que cansada, llegaba enojada, lo mejor era desaparecer de su vista. La nena de sólo 11 años, ya sabía lo que era mantener una casa ordenada al menos. Terminaba rápido de lavar los platos después de cenar y a dormir, porque al día siguiente iba a la escuela, era su excusa perfecta. Si por algún motivo le contestaba mal a Angelita, a ella que de angelita no tenía nada, era de mano voladora, mano pesada y el cachetazo llegaba sin avisar.

Felicitas tenía una amiga inseparable en la escuela, la Paquita, que sabía mucho, porque charlaba de todo con la mamá, le había contado que algunas personas, sacaban los nombres de los santos, de los almanaques, de acuerdo al día de nacimiento. Su padre, Prudencio, tampoco hacía honor al nombre. San Prudencio, ¿habría existido? En todo caso su papá no era ni un santo, ni prudente. Trabajaba, algo por acá, y algo por allá, pero se gastaba todo jugando a las cartas, y encima entre risa y risa con sus amigos se tomaban varias botellas de vino antes de volver a casa. En ese caso, también lo mejor era mantenerse lejos de él. Felicitas no se victimizaba en detalles, pero en su interior la niña iba dejando paso a la mujercita fuerte que necesitaba ser.

Todos los destinos poco amables pueden cambiar, tan sólo con un mínimo golpe de suerte, aunque la palabra mínimo, pueda sugerir, una pequeñez frágil y reductible.

Sucedió un domingo por la tarde, en esos fines de semana insoportablemente largos, en familia.

Su padre, se enojó con ella porque le rompió una radio pequeña, de esas que se llevan a la cancha, para escuchar lo que el relator dice, de lo que se puede ver jugar.

Felicitas no encontraba linda música en ninguna emisora, buscando con sus deditos de niña, girando el dial para un lado y para el otro, en un movimiento descuidado se le cayó, y quebró la antena. Salió corriendo imaginando la paliza que le esperaba, el papá la corrió, ella se metió debajo de su cama y Prudencio para sacarla, agarró un secador de piso y al pasarlo por debajo de la cama, se le desarmó y se quedó con el palo en la mano. El enojo de Prudencio fue descomunal, desproporcionado, y otra vez, como tantas, cuando la alcanzó, la hizo llorar mucho. Y como castigo, un castigo aprendido por generaciones, así le había enseñado a él su padre, la mandó a la cama sin comer, para que aprenda y se comporte bien.

La hizo llorar tanto que ya en su cama, con su pijama violeta deshilachado de tantos lavados, se acurrucó bien apretadita bajo la frazada, abrazándose a sí misma. Tanto se acurrucó que de a poco se vio cada vez más diminuta, perdida entre las enormes sábanas. Contuvo la sorpresa, respiró tratando de no hacer ruido, pero se quedó despierta un largo rato. Intentaba interpretar si era realidad o un extraño sueño, que no era pesadilla, para sus deseos.

Más tarde, dominada su agitada respiración, cuando sus padres dormían, despacio se levantó. Se trepó con mucho trabajo a una silla, que había empujado suavemente contra la puerta de entrada a la casa. Quiso girar la llave, pero de tan chiquita que era ahora, no tuvo la fuerza necesaria, sacó con mucho esfuerzo esa pesada llave de la cerradura, y apenas si pudo colocarla sobre la silla. Se incorporó y miró con ansia a través del hueco vacío que había quedado, escuchó el sonido de libertad que le acercaba un viento húmedo por ese agujero. Afuera llovía. La densa niebla ocultaba la hilera de casas más próxima a la suya. La intuición esta vez le habló a Felicitas. Le contó que una vez que el viento se llevara las nubes negras y amenazantes, el sol más brillante jamás visto, asomaría en el horizonte.

Logró poner un piecito en el agujero y después el otro, dio un suave tirón a la manga de su pijama que se había quedado enganchado. No había que tener miedo justo ahora, ya iba corriendo, sintiendo que le crecían alas en su cuerpo, atravesando el pasaje a una nueva vida.

A la mañana siguiente Angelita y Prudencio, buscaron con desconsuelo a su hija por toda la casa, lo único que encontraron de su rastro fue un hilo violeta que colgaba del ojo de la cerradura.